

COLECCIÓN **SIGNOS DE LA MEMORIA**

2013

Steve J. Stern  
Memorias en construcción:  
los retos del pasado  
presente en Chile,  
1989-2011

COLECCIÓN **SIGNOS DE LA MEMORIA**

2013

Índice

**Tejer la memoria hacia  
las nuevas generaciones** 06

Carlos Peña

**Memorias en construcción:  
los retos del pasado 19  
presente en Chile,  
1989-2011**

Steve J. Stern

## Tejer la memoria hacia las nuevas generaciones\*

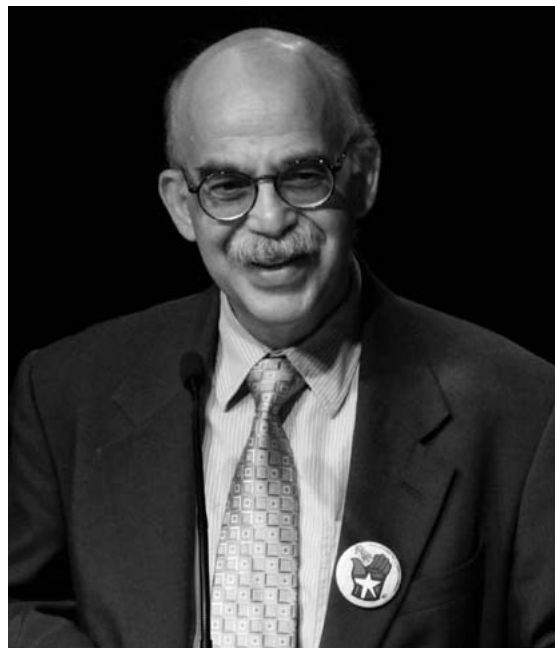
Carlos Peña

Rector Universidad Diego Portales

El profesor Stern sugiere tres ideas que parece útil repasar. Ha dicho que la memoria se construye, que esa construcción forma parte de las luchas políticas, de manera que varía dependiendo de los momentos históricos de que se trate, y que, finalmente, hay formas de renovar la memoria para las nuevas generaciones, esas que están hoy muy distantes de los hechos que ella evoca. Así, su conferencia se refiere a la índole de la memoria, a la política de la memoria y, en fin, a aquello que suele llamarse hoy –a partir de un texto de Marianne Hirsch– *postmemoria*.

---

\*Presentación realizada el 9 de septiembre de 2011 en el marco del seminario internacional *Memorias en construcción* organizado por el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, la Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi, la Universidad Alberto Hurtado y la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos.



Steve J. Stern /

Que las memorias se construyen, es decir, que ellas no se encuentran constituidas de una vez y para siempre, sino que se erigen o se moldean al compás de intereses y significados actuales, no cabe, creo yo, ninguna duda. La memoria, al revés de lo que nos gusta creer, no es simplemente la capacidad de traer a la conciencia algo que nos ocurrió, sino la capacidad de integrarlo u organizarlo en una serie de eventos unidos por un cierto significado.

Lo propio de la memoria, entonces, no son los hechos pasados que ella trae al recuerdo, sino los significados que hoy día somos capaces de atribuirle a esos hechos. Por eso, no es excesivo decir que la memoria no rescata del olvido hechos desnudos, desprovistos de todo sentido, sino que hace comparecer ante nosotros un mundo, un horizonte de significaciones que los acompañan y que les confieren el sentido que los anima. La memoria, en una palabra, se crea y se recrea una y otra vez. Por eso, y a pesar de su aire paradójico, Zizek tiene razón cuando afirma que lo reprimido vuelve desde el futuro: es lo que nos ocurre hoy lo que despierta las huellas que el pasado dejó en nosotros.

No conozco una mejor explicación de ese carácter que la memoria posee, que una que se encuentra en algunos textos de Freud y a la que, por su importancia, debemos referirnos brevemente.

Freud siempre imaginó que la memoria existe de múltiples maneras, en una variedad de signos o significados superpuestos, cada uno de los cuales inhiben y desvían al anterior. La memoria, dijo en una temprana carta, aparece como una escritura sobre la escritura, como una escritura que tacha a la anterior, para ser luego tachada a su vez por una nueva inscripción, sin que jamás podamos ver, por decirlo así, el original. Esta imagen de la memoria humana retorna treinta años después en un breve ensayo donde la compara con un artificio entonces llamado el *block maravilloso*, esa pizarra que todavía conocemos y en la cual se escribe sobre una lámina plástica que cuando levantamos borra lo que estaba escrito, dejando apenas una huella sobre la que es posible escribir de nuevo. “Si usted imagina que mientras una mano escribe en el block maravilloso –explica Freud– hay otra que levanta periódicamente la

cubierta, entonces tendrá una idea de la forma en que funciona nuestra memoria”.

Esa imagen de Freud, según la cual la memoria es como un block donde una mano escribe y la otra tacha hasta dejar una mezcla de significaciones que en su conjunto van construyendo el significado, se corresponde muy bien con la imagen de la lucha por la memoria que el profesor Stern traza en su conferencia.

¿Cuál es, sin embargo, –cabría preguntarse– la fuente de la que surgen esos significados que, tejidos con el recuerdo de los hechos, van configurando poco a poco la memoria?

El profesor Stern sugiere que esos significados son colectivos, no dependen de lo que cada uno de nosotros sea capaz de discernir en la soledad de la conciencia, sino de lo que la comunidad a la que pertenecemos sea capaz de atribuirle con los medios de la cultura o del estado. Como todos sabemos, la literatura suele describir a los seres humanos como seres especulares, sujetos que se definen a sí mismos mediante la imagen que los demás son capaces

de devolverle. Esta es una idea que se repite una y otra vez en Hegel: los seres humanos buscamos incesantemente que el valor que nos atribuimos a nosotros mismos y a las cosas, sea aceptado y reconocido como tal por los otros, por una conciencia distinta de la nuestra. Esta característica de la condición humana, consistente en anhelar el reconocimiento de los demás, es la que permite explicar que un significado puramente individual, un sentido que cada uno abriga en la soledad de su conciencia es, hasta cierto punto, un sentido inacabado, incompleto o indigente, y que sólo se completa cuando otra conciencia –cuando los demás, en una palabra– es capaz de acogerlo. De ahí se sigue, como explica el profesor Stern, que si la memoria se construye, ello ha de hacerse con los otros, contando con los otros o en contra de los otros. La memoria, en otras palabras, es como el lenguaje que hablamos: para existir requiere una andadura, o un sostén, que sólo puede sernos proporcionada por los demás.

¿Significa lo anterior que en las manos de la memoria los hechos pueden adquirir cualquier significado bastando que seamos capaces

de persuadir a los demás? Por supuesto que no. La memoria no inventa propiamente los significados que la constituyen; si así fuera, la política de la memoria sería como la política que imagina Orwell en *1984*, una manipulación deliberada, engañosa y cínica que acaba falseándolo todo. Pero si no es así, si los significados que constituyen al relato de la memoria no se inventan ni se sacan de la manga dependiendo de la oportunidad o de los intereses ¿de dónde, entonces, provienen esos significados?

El campo de la memoria –explica el profesor Stern– se forja socialmente echando mano a las narrativas, símbolos y valores de nuestra comunidad de pertenencia. Una comunidad política se constituye sobre la base de ciertas virtudes que sus miembros se esmeran en cultivar y esparcir hacia las futuras generaciones. No se trata, claro está, de virtudes asentadas en ninguna sustancia última, sino de relatos apenas contingentes, de formas de comportamiento que definen nuestra pertenencia, entre otras varias posibles. En el caso de nuestro país, esas virtudes consistieron

en los viejos ideales republicanos. La idea que los seres humanos, los hombres y las mujeres, alcanzamos la igualdad en medio de la ley; la convicción que poseemos derechos que nos inmunizan ante el poder del estado; el deseo de proveernos, todos por igual, de los medios necesarios para desenvolver nuestra vida, son algunos de los valores a cuyo través nos relatábamos como comunidad. Esas virtudes –esos ideales, a fin de cuentas, aspiracionales– fueron quebrantadas durante la crisis de los años setenta y la dictadura se esmeró, como todos sabemos, en tirarlas al tacho de la basura.

Pues bien, cuando la memoria se construye –algo que ocurre, como explica el profesor Stern, mediante la política y las luchas que la constituyen– lo que en verdad se está haciendo es recuperar los valores y las virtudes que alguna vez se transgredieron. Así, entonces, construir la memoria consiste en llevar adelante un proyecto de comunidad, que los hechos que recordamos, y a los que buscamos conferir sentido, habían transgredido. Ello también permite explicar por qué, como sugiere Stern al final de su conferencia, la *postmemoria*

—es decir, la memoria tejida hacia la conciencia de las nuevas generaciones— en vez de enfatizar los hechos traumáticos puede inspirar el futuro. Si al construir la memoria estamos, en verdad, revalidando los compromisos que alguna vez tuvimos como comunidad ¿por qué esos mismos compromisos no podrían, además de conferir significado a los hechos que pasaron, inspirar la realización del futuro?

Lo que cabe preguntarse, sin embargo, es si acaso acaba allí la construcción de la memoria o si, en cambio, cuando se la construye todavía se realizan otras funciones que aún no hemos identificado. Me parece que, además de las dimensiones que señala Steve Stern, la memoria todavía tiene otras, especialmente para quienes asistieron a los eventos traumáticos. Y es que cuando se construye la memoria no sólo se intenta revalidar los valores y las virtudes que alguna vez se transgredieron, o hacer del control simbólico de los recuerdos una parte de la lucha política. Cuando las sociedades hacen memoria una y otra vez, como la hace por ejemplo el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, están también elaborando el recuerdo, tratando

de desproveerlo de los aspectos destructivos que lo acompañan.

Una anécdota que cuenta Freud en otro de sus textos me servirá para explicar esto. Un niño — su nieto— solía jugar con un camión de madera atado a una cuerda y que arrojaba de su cuna hasta hacerlo desaparecer. Luego, y mientras pronunciaba dos o tres sílabas ininteligibles, el niño tiraba de la cuerda y hacia que el juguete estuviera de nuevo ante sus ojos. Así una y otra vez, el niño repetía escrupulosamente el juego ¿Cuál era el origen de esa compulsión repetitiva se pregunta Freud? El niño, sugiere Freud, ponía en escena un momento doloroso, el abandono temporal de la madre. Al escenificarlo una y otra vez lograba, mediante el juego, aceptar poco a poco la situación y dominarla como si, en vez de una pérdida, fuera el producto de su voluntad. El recuerdo del niño puesto en escena y repetido una y otra vez, no era, como aparentaba, una vuelta al pasado, sino el intento de ajustar ese hecho con lo que ese niño sentía en el presente.

Como lo muestra esa anécdota, la memoria y el afán por traer a la conciencia los hechos



una y otra vez no consiste, como hemos visto ya, en una vuelta al pasado o en un simple retorno a lo que ocurrió, o en una simple lucha por el significado. La memoria es también, y creo que no debemos olvidarlo, un esfuerzo por desproveer al recuerdo del componente destructivo o traumático que porta.

El propio Freud decía que si los recuerdos no podían ser expresados en palabras, acabarían inevitablemente expresándose en nuestros actos. Cuando los recuerdos no se elaboran, y en eso creo yo los intelectuales y los medios de comunicación de nuestro país tienen una tarea permanente por delante, acaban retornando, más temprano que tarde, en la forma de actos. Es lo que quiso decir Jorge Santayana: quien enmudece frente al pasado se condena a repetirlo.

**Memorias en construcción:  
los retos del pasado  
presente en Chile,  
1989 - 2011**

Steve J. Stern

Después de muchos años de lucha contra la desinformación y la negación para establecer la verdad de hechos indiscutibles y fundamentales para, así, avanzar hacia una cultura de derechos humanos, es una señal alentadora que podamos hablar de *memorias en construcción*. Quiere decir que hemos llegado a una nueva etapa donde no se teme debilitar la veracidad de lo ocurrido y podemos abordar la construcción de las memorias y sus verdades –las históricas, sociales, psicológicas y artísticas. Hace veinte años, en los inicios de la transición democrática, los actores sociales e intelectuales que abogaron por los derechos humanos habrían sido más ambivalentes. Entonces, el problema era la *memoria prohibida*, en cambio hoy nos preguntamos: ¿adónde va la memoria?<sup>1</sup>

En otras palabras, la memoria –su significado para la sociedad y la democracia– sigue siendo un proyecto en construcción. Hemos llegado, quizás, a otro tipo de transición.

No pretendo ser profeta. Sin embargo, como historiador de las luchas por la memoria en Chile y en otras sociedades, puedo ofrecer algunas perspectivas quizás útiles para el debate. Trataré de plantear algunas reflexiones preliminares sobre tres aspectos de las memorias en construcción: (a) la conceptualización misma de la memoria, para precisar y profundizar en qué sentido las memorias siempre están “en construcción”; (b) una periodización de los retos estratégicos de la memoria en democracia, para aclarar la particularidad de la etapa actual; y finalmente, (c) la potencialidad de renovar, en perspectiva intergeneracional, la capacidad convocatoria de la memoria desde el arte audiovisual y de las experiencias relativamente silenciadas.<sup>2</sup>

### **Conceptualizando memorias en construcción: algunos puntos de partida**

Empecemos con tres puntos de partida. *Primero, el sentido.* La memoria no es el recuerdo de los hechos, sino el proceso de darles sentido. El significado del hecho, no sólo el hecho, importa. Por supuesto, hay actividades banales pero necesarias de recordar para la vida cotidiana. Por ejem-

plo, recordar donde están las llaves de la casa. ¡Claro que si las perdemos no parece un asunto tan banal! Pero nos referimos a otra cosa. Se trata, no del recuerdo sencillo y puntual, sino de la memoria que es valioso compartir porque constituye una experiencia humana mayor. Es la narración sobre aquello que nos hizo respirar el sentido de la vida en sus múltiples dimensiones. No sólo los hechos, sino también las emociones, las consecuencias y las respuestas que produjeron; no sólo las palabras, sino el lenguaje del cuerpo, las imágenes, los sonidos y los olores; no sólo las certezas, sino las confusiones, los malentendidos y los conflictos en las relaciones sociales. Todos estos aspectos pueden ser relevantes para descubrir, o evitar, su significado; para comunicarlo, silenciarlo u olvidarlo, y a veces, para tomar una acción en una comunidad o una red social.

*Segundo, la lucha.* Cuando se produce una experiencia colectiva violenta y traumática, con atrocidades masivas que provocan gran espanto y una sensación de ruptura histórica, darle sentido a la experiencia puede ocasionar, tardeo temprano, una lucha social; así, en una sociedad con experiencias y memorias muy divididas se disputan

los hechos y sus significados. Esta potencialidad conflictiva es muy alta cuando el Estado ha sido el actor fundamental en la creación y justificación de un nuevo régimen violento, o es uno de los actores en una guerra civil, como es el caso de Perú y Sendero Luminoso en los años ochenta y noventa. Por un lado, el Estado y sus partidarios tendrán interés en crear una historia oficial para legitimarse y fomentar la indiferencia frente a la violencia estatal. Sin embargo, justamente por tratarse de una narrativa oficial se silenciarán o negarán hechos muy urgentes para quienes han sufrido el terror de la violencia estatal o para los ciudadanos que han sido testigos y que ya no pueden aceptar tal indiferencia. Si se abren espacios donde el control estatal encuentre sus límites, podrán surgir las memorias contestatarias, los testimonios, documentos, comunicaciones y hasta las manifestaciones, u otras acciones sociales que insistan en evidenciar los hechos negados y la urgencia moral, o política, de revelarlos.<sup>3</sup>

Esta lucha en torno a los hechos y sus significados llegó a estar muy presente en Chile durante la dictadura militar. Las memorias de experiencias particulares o personales —que

de otra manera hubieran quedado asfixiadas como experiencias sueltas sin encontrar eco social— adquirieron valor simbólico como memorias emblemáticas; es decir, como testimonios de una realidad social vivida por muchos.

En otro contexto, he planteado que surgieron cuatro memorias emblemáticas durante el período militar, que mantuvieron su influencia en la transición democrática.<sup>4</sup> Había una memoria oficial salvadora según la cual el golpe de Estado vino a frenar una matanza y guerra civil, el famoso *Plan Z*, permitiendo a partir de esa acción salvadora la construcción de una sociedad exitosa.

Por otro lado, dentro y fuera de Chile se realizaban importantes esfuerzos para documentar e insistir en la verdad de la ruptura cruel y violenta que vivían las familias que sufrían la ejecución de un pariente o una detención misteriosa, a su vez negada, y que llegó a constituirse en la desaparición. También otros abusos como la detención arbitraria, la tortura, el exilio, la relegación, los allanamientos y la desinformación. La memoria como la ruptura cruel e infinita, la herida abierta; y la memoria como la

dialéctica entre la persecución y el despertar. Dos visiones disidentes que ganaban terreno – en forma limitada en los años setenta y de forma explosiva en los ochenta– y que crearon una nueva sensibilidad sobre los derechos humanos.

Pero antes de la década del 80, al agudizarse los conflictos políticos y morales en torno a los derechos humanos y otros temas, surgió una nueva historia oficial: la memoria como caja cerrada; es decir, un tipo de olvido consciente que expresaba la voluntad de no mirar hacia atrás. En concordancia con la promulgación de la amnistía de 1978, la idea era zanjar que la "guerra" de 1973, y los años inmediatamente posteriores, había llegado a su fin. La sociedad estaba en camino de volver a institucionalizarse y progresar, por lo que el combate, los rencores y los excesos no contribuían a la necesaria unidad. Justamente, en respuesta a la lucha por sacar a la luz los hechos surgió el planteamiento de cerrar la caja del pasado y promover el olvido consciente como condición necesaria para avanzar.

Pero debido a esta lucha, hacia finales de los años setenta surgió algo más. Los que insistieron en

develar la realidad negada fueron construyendo no sólo el valor de los derechos humanos, sino la misma idea de la memoria como valor, así como el otro lado de la misma moneda: la idea de luchar contra el olvido. Es decir, los actores sociales crearon un nuevo vocabulario culturalmente influyente capaz de convocar en torno a la memoria, como un deber moralmente urgente. Esa doble sensibilización, sobre los derechos humanos y sobre la memoria, había ganado mucho terreno al momento del plebiscito de 1988 y la transición democrática de los noventa. Creaba demandas para la verdad en contra de la negación y para la justicia en contra de la impunidad y la ausencia de normatividad.

*Tercero, la sinergia conflictiva.* Este último punto tiene que ver con el período democrático y permite profundizar en qué sentido hablamos de memorias en construcción. A partir de la transición democrática el tema de la memoria y los derechos humanos producía interesantes sinergias conflictivas –algunas veces productivas, creativas, y otras no– entre actores del Estado y de la sociedad civil. Una vez que se inició un proceso de refundación moral y política sobre

una base democrática, surgió una cuestión clave: ¿qué hacer con la experiencia masiva de la violencia estatal? Por un lado, la nueva democracia no podía lograr legitimidad sin plantear un contraste moral, político y legal con la violencia estatal en dictadura. Por otra parte, en una sociedad que ya se había movilizó en torno a la memoria, verdad y justicia, la llegada de la democracia significó que varios actores sociales compartían una gran expectativa. “¡Al fin podemos y debemos encontrar una respuesta del Estado a nuestras demandas de verdad y justicia!”

Estructuralmente hablando, y tomando en cuenta la adversidad que ceñía a la transición en una sociedad con una memoria muy dividida y con grandes continuidades de poder fáctico, tal expectativa era una receta para las sinergias conflictivas y ambivalentes. Frente a ello, se daba la posibilidad de establecer alianzas entre actores estatales y sociales para documentar la verdad y abrir caminos hacia la justicia. En esta tarea, cada actor necesitaba del otro para cumplir con el objetivo común. Por ejemplo, producir un informe bien fundado por una comisión de verdad considerada legítima para

la mayoría de la ciudadanía. De otro lado, también existían discrepancias sobre la visión de sociedad y de verdad a la cual se quería llegar a mediano plazo, así como las distintas lógicas de acción desde el Estado y la sociedad civil.

En otras palabras, la sinergia no significa ausencia de conflictos o de cambios, de hecho hubo momentos de colaboración creativa, como el Informe Rettig (1990-1991), hasta situaciones de colapso y aguda tensión, lo que fue evidente con la inauguración en 1997 del Parque Por la Paz Villa Grimaldi. Las sinergias conflictivas también pasaron por cambios de enfoque y composición específica, algo que a principios de los noventa se reflejó en que los actores estatales más relevantes para la colaboración creativa estuvieron en el Ejecutivo, en contraste con el poder judicial. Diez años más tarde, los jueces tuvieron otro peso relativo y capacidad de iniciativa.<sup>5</sup>

La sociedad civil también evidenció cambios de enfoque y acción. Por ejemplo, a partir de 1998 se organizaron las “funas” de torturadores, impulsadas por nuevos actores sociales que, incorporando una expresividad y un sentir generacio-

nales distintos, promovían otro tipo de acciones de memoria. También se produjo una nueva energía y expansión de las redes de ex presos políticos quienes lograron plantear la memoria de la tortura como tema estratégico para la democracia en la década del 2000. En realidad, los momentos de sinergias conflictivas, creativas y eficaces son transitorios –hay más bajos que altos– pero paradójicamente, y desde la perspectiva comparada, los avances en el terreno de la memoria y la justicia producidos en Argentina y Chile dan testimonio de la importancia de tales sinergias aunque sean frágiles o fugaces. Donde no hay presión efectiva desde la sociedad civil, los actores estatales y políticos tienen poca motivación para abordar el tema o ir más allá de una fórmula de cierre. Pero a la vez, cuando no hay apoyo de algunos actores del Estado, el desfase entre el activismo social y la indiferencia estatal puede producir una gran frustración y la sensación de que el olvido se impone.

Estos puntos de partida significan que las memorias siempre están en construcción. El sentido de los hechos –sus implicancias morales, culturales, políticas– es algo que se construye en

comunidad. La lucha para plantear la narración de los hechos y su significado –¿qué pasó en realidad? y ¿por qué importa?– ocurre justamente debido a que una experiencia violenta y traumática va acompañada por una historia oficial que incluye la desinformación y que cumple una función de legitimación del poder. En estas circunstancias, la memoria disidente es algo que hay que construir justamente porque va contra la corriente. Es plantear la verdad y el simbolismo del hecho negado de una manera capaz de convencer a los no convencidos y a los indiferentes.

Las sinergias entre Estado y sociedad –necesarias aunque conflictivas– que surgen a partir de una transición democrática también significan una construcción de la memoria. Tomemos, como ejemplo, el polémico tema del número de víctimas; las cifras construidas a través de la colaboración ciudadana con las comisiones de verdad. Hacia 1991, a partir del proceso Rettig, una persona promedio quizás habría calculado unas dos mil víctimas de la dictadura. Cinco años más tarde, en 1996, tras el trabajo de la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, estaría hablando de tres

mil víctimas, pero ocho años más tarde, en 2004, habiendo absorbido los resultados del primer proceso Valech, la misma persona podría haber dimensionado unas treinta mil víctimas y siete años más tarde, en 2011, a partir del segundo proceso Valech, podría reconocer unos cuarenta mil, y si hubiera vivido en una población con la experiencia de duros allanamientos en los años ochenta sumada a una memoria popular comunitaria muy presente, quizás hablaría de cientos de miles de víctimas no incluidas en las comisiones oficiales. Los altibajos de las sinergias entre Estado y sociedad –desde los momentos creativos hasta los momentos de decepción– también producen memorias y hechos en construcción.<sup>6</sup>

Pero vale subrayar una aclaración. Que las memorias estén en construcción *no* significa desvalorar la verdad de los hechos en tanto sucesos empíricamente fundados y probados. Al contrario, después de las experiencias violentas traumáticas acompañadas por la desinformación, establecer la verdad de los hechos antes negados, o marginados, es muy importante. Es imprescindible. A la vez, el develar e investigar estableciendo la verdad de los hechos señalando

su importancia es en sí un proceso construido. La interpretación social del significado, la lucha para convencer a otros, la dinámica sinérgica de colaborar y disentir con los otros actores comprometidos, forja socialmente el campo de la memoria democrática de los derechos humanos, donde los hechos están en diálogo permanente con las narrativas, los símbolos y los valores.

### **Los retos de la memoria democrática: hacia una periodización**

Si las memorias siempre están en construcción, justamente porque son fundamentales en las dinámicas de negociación y conflicto social para construir y profundizar la democracia, surge otra pregunta relevante: ¿cuáles son los desafíos estratégicos que se enfrentan en las distintas etapas de reconstrucción y profundización de la democracia? Los retos de la memoria democrática han ido cambiando, en Chile y en otros países, y una visión histórica puede aclarar los desafíos actuales. Creo que no hay periodización universal, o mecánica, para definir la reconstrucción y profundización de la democracia des-



pués de un período de dictadura violenta. Cada experiencia tiene algunas particularidades que van a influir en el curso de la memoria, los significados en juego, las luchas y colaboraciones, el balance de las fuerzas sociales y el poder. También pueden ser distintas las corrientes culturales, comunitarias y religiosas que tienen peso en los valores y adaptaciones sociales a la violencia. Todas estas particularidades van plasmando las oportunidades y obstáculos. Por eso, aquí me limito a ofrecer una visión histórica de los retos de la memoria desde la experiencia chilena, aunque influida por el pensamiento comparado.

Pienso en los retos para crear una cultura de derechos humanos desde una visión cívica democrática, en el sentido amplio, que valore la relación recíproca entre memoria y democracia después de un régimen de gran violencia estatal y que reconozca la importancia de las acciones combinadas, desde la sociedad civil y el Estado, incluyendo las organizaciones no gubernamentales y las instituciones públicas semiautónomas como los museos y las universidades. Esta visión cívica democrática toma en cuenta que las esferas relevantes del pensa-

miento y la acción no son solamente nacionales sino también internacionales o transnacionales.

Desde esta perspectiva, a mi juicio, Chile ha vivido tres grandes etapas en la construcción de la democracia desde la memoria. Es importante reconocer que no se trata de una cronología simplista o lineal, de concluir y cerrar una etapa para después empezar otra. Más bien, los retos de la memoria de cada etapa parecieran seguir presentes. Lo que surge es una doble necesidad: continuar con la tarea no acabada y, a la vez, asumir, a partir de lo logrado, otra tarea clave. Es decir, el trabajo de la memoria muestra grandes continuidades, aun si va incorporando nuevos enfoques estratégicos. En América Latina, no es extraña la sensibilidad de las temporalidades traslapadas. Como planteó el gran escritor Alejo Carpentier en su novela *Los pasos perdidos*, los distintos tiempos históricos de alguna manera conviven en el presente. La historia vinculada a la idea del progreso europeo en que una nueva temporalidad desplaza a la otra, no parece convincente. El paisaje político cultural latinoamericano hacia mitad del siglo XX, observaba Carpentier, vivía simultánea-

mente con la Virgen, Rousseau y Marx, ¡todos a la vez! ¿Suena chileno? Algo de esa convivencia entre temporalidades políticas distintas también es válido al pensar los retos de las memorias en construcción. Estamos hablando de cambios de énfasis relativo en un proceso histórico de dinámicas traslapadas. No se trata de contrastes absolutos entre una etapa y otra.

Tomando en cuenta este matiz se pueden observar los cambiantes retos de la memoria democrática o, con mayor precisión, de las múltiples memorias democráticas en construcción. Se pueden resumir los distintos retos como una serie de acciones estratégicas: (a) reconocer y documentar la verdad; (b) insistir en el tema ampliándolo hacia la justicia y la tortura; y (c) materializar el tema en el paisaje físico-cultural e institucional, a la vez de renovarlo desde una perspectiva transgeneracional. Vamos uno por uno.

En una primera etapa, post plebiscito (1989-1993), el reto era reconocer y documentar la verdad de la violencia estatal masiva de una manera definitiva, para así dismantelar la mentira y el mito e instalar con gran legitimidad la memoria

y su relación con la democracia, para abrir, aunque fuera cautelosamente, un camino hacia la justicia. La Comisión Rettig, vista no solamente desde la acción estatal, sino también desde los ciudadanos y actores sociales que aportaron e impulsaron al proceso de testimonio y documentación, estableció una verdad contundente a nivel de los hechos y sus implicancias morales. También abrió un camino hacia la justicia en sus distintos sentidos, no sólo respecto de la reparación simbólica y material, sino la justicia penal.

Como se sabe, el último tema fue muy difícil y culminó de manera frustrante. El Presidente Patricio Aylwin (1990-1994) no apoyó la penalización del ocultamiento de información, pero sí planteó lo que después se llamó la *doctrina Aylwin*. Ésta estipulaba que el poder judicial debía investigar los casos documentados por la comisión y además, que no tenía facultad para aplicar la amnistía de 1978 hasta después de establecer los hechos y las responsabilidades. Esta interpretación doctrinal debilitó el efecto práctico de la amnistía y abrió un camino legal. Igualmente importante fue que desde la sociedad civil, existieran actores con gran voluntad

para insistir en la búsqueda de una verdad más completa y justicia; por ejemplo, Erika Hennings en el caso de su marido detenido y desaparecido Alfonso Chanfreau. En efecto, entre 1992 y 1993 se abrieron casos judiciales, especialmente correspondientes a detenidos desaparecidos. Ya para la primera mitad de 1993 habían sido reactivados 184 casos judiciales mientras que otros 377 estaban por serlo. Sin embargo, como se sabe, el boinazo del 28 de mayo de 1993 restauró un impasse sobre el tema judicial.

La capacidad de iniciativa del Ejecutivo se fue agotando y con llegada de Eduardo Frei a la Presidencia en 1994, la impotencia se convirtió en virtud. Es duro decirlo así, pero los discursos, la falta de iniciativa y la aparente indiferencia, especialmente después del gran drama asociado al encarcelamiento de Manuel Contreras en 1995, daban esa impresión. El deterioro de las sinergias entre Estado y sociedad civil, ya en curso en la última parte del período de Aylwin, colapsó.

En una larga segunda etapa (1992-2006) el gran reto fue insistir en el tema de la memoria ampliándolo hacia la justicia y la tortura para

superar las fórmulas de clausura y de evasión de responsabilidades, para así asumir las verdaderas dimensiones de la violencia represiva. Se distinguen ciclos distintos dentro de esa etapa. Durante muchos años, fueron los actores de la sociedad civil quienes tenían que impulsar el tema sin mucha colaboración estatal, trabajando para crear nuevos hechos de memoria en una sociedad que parecía encontrarse al borde del olvido. Es en este contexto que los activistas y sus aliados, con cierto apoyo de algunos actores estatales, como el propio municipio y el Ministerio de Vivienda y Urbanismo, lograron finalmente inaugurar el Parque Por la Paz Villa Grimaldi en 1997. A partir del año siguiente, la detención de Pinochet en Londres, el cambiante escenario legal internacional, la renovación y búsqueda de legitimidad en el poder judicial, la dinámica generacional del liderazgo militar, después de la comandancia activa de Pinochet, y el surgimiento de una doctrina de profesionalismo moderno por encima de lealtades personalistas, incidieron en la creación de espacios para nuevas iniciativas desde el Estado y la clase política como la Mesa de Diálogo, la Comisión Valech y la preponderancia que adquirieron

ciertos jueces comprometidos, como Juan Guzmán. En estas nuevas circunstancias, varias sinergias conflictivas y frágiles reaparecieron.

Las presiones desde la sociedad civil seguían siendo muy importantes en la formación de un clima moral que insistiera y ampliara la exigencia de una respuesta política como necesidad. Eran las querellas de los ciudadanos las que impulsaban el proceso judicial creando más espacio para las nuevas doctrinas interpretativas que debilitaban los efectos prácticos de la amnistía. Por ejemplo, considerar la desaparición como un crimen de secuestro permanente hasta que un proceso de investigación judicial estableciera lo contrario. Asimismo, antes de la formación de la Comisión Valech por el Presidente Ricardo Lagos en 2003, el tema de la tortura era una demanda que ya había producido mucha iniciativa: manifestaciones en las calles, escándalos sobre casos específicos en los medios de comunicación, querellas en las cortes de justicia, reuniones con oficiales, políticos y funcionarios gubernamentales. Además de los grupos de derechos humanos largamente organizados, surgieron nuevas redes de ex presos políticos

y personas de conciencia ética que exigían incluir la tortura en las demandas de justicia.

Llegando hacia final de este largo período, ya evidente en el acuerdo de la Mesa de Diálogo, el informe de la Comisión Valech y la elección de Michelle Bachelet en 2006, surgió en la sociedad y en la política una nueva sensibilidad. Ya no era tanto la lucha para hegemonizar una memoria emblemática por encima de la otra, sino la idea de una tragedia nacional compartida que creaba una responsabilidad para ser asumida en todas las instancias estatales relevantes incluyendo el poder judicial y las fuerzas militares. El liderazgo del ejército ya no planteaba la memoria salvadora como una manera de justificar la violación de los derechos humanos y tampoco esperaba que fuera posible cerrar definitivamente la caja de la memoria. Por su parte, el poder judicial también había cambiado. Los propios jueces organizaron una protesta en 2005 frente a una orden de la Corte Suprema que pretendía acelerar y cerrar los casos en proceso, con lo cual los juicios siguieron en marcha. Igualmente importante, la ciudadanía aceptó la veracidad del Informe Valech. La prisión política y la tortura

fue masiva y el proceso de reconocer y reparar –de asumir las consecuencias de la gran tragedia nacional– tendría que seguir como una tarea inacabada. Como todos saben, posteriormente el mismo proceso Valech fue reabierto para considerar una gran cantidad de casos adicionales.

Pero aquí llegamos a los retos actuales de las memorias en construcción. Después de la primera Comisión Valech, pero con mayor intensidad después de la elección de Bachelet, se fue perfilando la necesidad de pensar a largo plazo. Un tercio del país eran jóvenes sin memoria directa sobre lo que había sido vivir en dictadura. Desde 2004 hasta hoy, un reto fundamental ha sido materializar y renovar. Pero ¿cómo materializar y renovar en el paisaje físico-cultural e institucional, por un lado, y en el escenario transgeneracional, por otro el otro?

Quizás es justo decir que en 2011, al cumplirse la primera década de los años dos mil, se ha logrado dar una respuesta más sólida al paisaje físico-cultural e institucional, que a la renovación en perspectiva transgeneracional. Este mismo museo y sus actividades para promover y preser-

var la memoria, la gran ola de memorialización física que ocurrió en todo Chile durante los últimos seis años, los nuevos avances y proyectos en los sitios de conciencia, como el Parque por la Paz Villa Grimaldi, son pasos que han creado un nivel de materialización e institucionalización difíciles de imaginar hace quince años.<sup>7</sup>

Por supuesto, es artificial separar demasiado los temas de la materialización físico-institucional por un lado, y la renovación transgeneracional por otro lado. A largo plazo, los museos y los sitios de conciencia son importantes en la medida en que cumplen un papel cívico, pedagógico y cultural, no sólo con los que vivieron el tiempo de la gran violencia, sino con las nuevas generaciones. Los que han trabajado en este museo y en sitios de memoria como Villa Grimaldi han tomado esa responsabilidad en serio, incorporando innovaciones como la instalación electrónica y la comunicación interactiva como caminos importantes para materializar el tema con los jóvenes.

También otras instituciones relevantes como la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos (Dibam), las organizaciones no gubernamen-

tales y varias universidades se han abocado a la tarea de organizar archivos, bibliotecas, fomentar investigaciones y publicaciones para crear documentación y pensamiento que permitan estudiar y renovar el tema de la memoria y la historia reciente. Por supuesto, y con razón, el acceso a los archivos también provoca contención como en el caso del Archivo Valech y los otros archivos elusivos –ocultos o desaparecidos– de las policías secretas y organismos semejantes del régimen militar.

A la vez, es importante valorizar los archivos no estatales. Sin la documentación de la Vicaría de la Solidaridad y de otros organismos de derechos humanos, los resultados de la Comisión Rettig habrían sido más débiles. En este contexto, vale celebrar como un hito muy importante el acuerdo de entrega, a este mismo museo, del Archivo Sergio Insunza cuya documentación ilumina la historia de la solidaridad, la resistencia en el exilio y también los eventos que ocurrieron en Chile. Tuve el privilegio de trabajar con ese archivo cuando se encontraba en la Fundación Salvador Allende, en la casa original en Virginia Opazo, así que puedo dar testimonio personal de

su valor para la investigación histórica. El tomo II de mi trilogía sobre Chile, que analizó las batallas de la memoria durante dictadura, habría sido imposible sin tal documentación. Pero el Archivo Insunza también es importante por ser un ejemplo de lo urgente que es encontrar casa institucional adecuada para varios archivos no estatales que deben ser preservados para sentar bases de estudios e innovación futura.

También por otras razones es artificial separar demasiado los retos de la materialización y la dinámica transgeneracional. Por un lado, hay proyectos de memorialización física que incorporan en su concepción estética y proceso de trabajo una visión transgeneracional de la memoria y de la identidad comunitaria. Un caso destacado es la comuna de Paine con su memorial diseñado como bosque topográfico de mil postes, menos setenta que representan a las víctimas ausentes, pero que se hacen presentes a través de los mosaicos realizados artísticamente por los propios familiares.<sup>8</sup> Por otro lado, no solamente quienes trabajan en museos y sitios de memoria tienen la responsabilidad de materializar y renovar. La materialización no es sólo un memorial, un monumento, o un museo

físico. También es libro y arte, investigación y pedagogía, cine y televisión o web; es decir, una producción cultural en el sentido amplio.

Los académicos han creado un nuevo campo de estudios de memoria que empieza a sentar nuevas bases para la pedagogía y el debate cultural sobre el pasado-presente. Algunos han participado en esfuerzos por renovar la pedagogía y la exhibición en museos, por ejemplo Julio Pinto y Sofía Correa. Otros han hecho aportes en colaboración con organizaciones no gubernamentales, como Eco Educación y Comunicaciones, dirigido por Mario Garcés, historiador que ha trabajado la memoria popular por largos años. Se trata de generar diálogos entre el análisis académico y las prácticas sociales en contextos multigeneracionales y comunitarios.

El proyecto intelectual y académico de crear un campo analítico de estudios sobre la memoria, en diálogo con las experiencias históricas de violencia reciente en América Latina, empezó a cristalizarse hacia 1998. En Chile un hito fundamental fue el seminario *Memoria para un nuevo siglo* organizado en 1998 por Ma-

rio Garcés, Pedro Milos, Myriam Olguín, Julio Pinto, María Teresa Rojas y Miguel Urrutia en un equipo colaborativo conformado por Eco Educación y Comunicaciones y la Universidad de Santiago<sup>9</sup>, y cuya publicación se divulgó dos años después. Allí se planteó el estudio de la memoria como un campo interdisciplinario fundamental, en vista de las experiencias vividas en el último cuarto del siglo XX y que había que trabajar en sus distintas dimensiones, desde la teoría y las ciencias sociales, desde el arte y los actores sociales, desde las regiones y los jóvenes. Ya el ambiente de desencanto intelectual provocado por narrativas dominantes que proponían una visión de historia y sociedad llena de mito y olvido, se había hecho notar en dos libros célebres que aparecieron en 1997 de la mano de Tomás Moulian y Alfredo Jocelyn-Holt.

La iniciativa chilena no fue aislada, formó parte de un fenómeno sudamericano amplio surgido en el Cono Sur, Brasil y Perú con miras a la creación de un campo de estudios de memoria y una renovación académica generacional. Bajo la dirección de Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori se desarrolló, entre 1998 y 2001, un

programa de becas y entrenamiento para unos sesenta investigadores jóvenes. El objetivo fundamental era formular y desarrollar un proyecto de investigaciones originales para analizar la cuestión de la memoria desde las experiencias latinoamericanas tomando en cuenta lo que se puede aprender de otros contextos. Un resultado importante fue la publicación, entre 2002 y 2006, de la serie de trece innovadores libros *Memorias de la represión*. Dentro de la nueva generación académica latinoamericana formada en el programa, se encontraban becarios y becarias chilenos, entre ellos Claudio Barrientos, Azun Candina, María Angélica Cruz, Marco Ensignia, María Eva Muzzopappa, Leonora Reyes Jedlicki, Isidora Salinas Urrejola y Ximena Tocornal.<sup>10</sup>

En la formación de un nuevo ambiente intelectual se cruzaron las dinámicas académicas nacionales, transnacionales y generacionales. En 2002 apareció el importante libro de María Angélica Illanes *La batalla de la memoria* que ligó esa lucha a la formación de los proyectos históricos, especialmente la “revolución de los derechos”. Entre 2003 y 2005 ya se veía en Chile un campo de estudios sobre memoria e his-

toria reciente que mostraba cierta densidad y avances innovadores impulsados por académicos de distintas generaciones. Por ejemplo, el reencuentro histórico con la cotidianidad de 1973 y la dimensión positiva de la Unidad Popular, instancias organizadas por Claudio Rolle y Julio Pinto, respectivamente. También la reconstrucción de experiencias anteriores, durante y posteriores al golpe a través de metodologías dialógicas con comunidades de base, como los estudios en la población La Legua y en la comunidad mapuche Nicolás Ailío, impulsados por Mario Garcés y Sebastián Leiva y Florencia Mallon, respectivamente. Se historizaron las tensiones intramilitares en un marco analítico más allá de una interpretación personalista de la tensión Leigh-Pinochet, por Verónica Valdivia Ortiz de Zárate. La marcha nutrida desde varias disciplinas y generaciones no paraba.

Algunos aportes históricos desde las otras ciencias sociales aparecieron entre 1999 y 2002; por ejemplo, los de Carlos Huneeus sobre la dimensión civil del régimen de Pinochet, así como Elizabeth Lira y Brian Loveman que abordaron las continuidades y ruptura en la tradición histó-



rica chilena del olvido. Más recientemente, por ejemplo, Alfredo Joignant profundizó la historia y simbolismo conmemorativo del golpe de estado en su libro *Un día distinto* (2007), mientras Alfredo Riquelme aportó una investigación pionera sobre la historia comunista en *Rojo atardecer* (2009). Mientras tanto, se iban formando círculos de estudio y discusión, como los organizados por Isabel Piper en la Universidad de Chile y los proyectos comunitarios de memoria organizados por la Dibam y Eco Educación y Comunicaciones.<sup>11</sup>

En resumen, en los últimos años se observan avances notables en la materialización de la memoria en el paisaje físico-cultural e institucional, así como una cierta promesa de renovación transgeneracional, que a largo plazo resulta importante para la pedagogía. También hay nuevas investigaciones innovadoras, formación de nuevos académicos capacitados y comprometidos con la memoria como campo de estudios.

Sin embargo, a pesar de todo, surge una duda. Reconociendo los avances en materialización y el mayor dinamismo transgeneracional en el mundo académico-intelectual, cabe pregun-

tarse: ¿se ha logrado una renovación capaz de llegar a los no convencidos y a los jóvenes del futuro?, ¿será renovación para los ya convencidos? Para las generaciones jóvenes que ya aceptan que la ocurrencia de las violaciones atroces a los derechos humanos eren hechos verdaderos y moralmente inaceptables, ¿la memoria tiene aún la capacidad para seguir convocando? ¿Acaso llegará a ser muy marginal al gran temario político cultural y al futuro de la democracia, paradójicamente, porque ya todos dicen estar de acuerdo con la idea del *Nunca más*?

### **¿Renovar desde el arte y las memorias silenciadas? Los otros archivos del Cardenal**

Son preguntas difíciles de contestar. Quizás son riesgosas e incómodas, hasta dolorosas, porque implican que los avances no garantizan su vigencia como proyecto en la cultura política del futuro. Establecer la verdad de hechos indiscutibles y moralmente inaceptables, insistir y ampliar hacia la justicia y hacia las verdaderas dimensiones de la violencia, materializar

e institucionalizar para instalar el tema de la memoria a largo plazo como experiencia ciudadana y de valor cívico, son todos logros que han sido importantes y también difíciles. Pero han sido logros en construcción vividos con muchos altibajos y momentos de frustración. En perspectiva, podemos ver que se desarrollaba un proceso acumulativo en el trabajo de la verdad, la justicia y la sensibilización cultural hacia la memoria y los derechos humanos, a pesar de los obstáculos en el camino que a veces parecían producir impasses insuperables. Justamente por la dificultad y las luchas es importante observar y valorizar estos los logros, aunque sin autocomplacencia ni exageraciones.

Pero queda el desafío de renovar. No en el sentido de abandonar las tareas pendientes, sino de evitar actuar desde una arrogancia generacional. A largo plazo ningunos de nosotros somos los dueños transhistóricos de la memoria, ni siquiera la generación que vivió en carne propia la violencia y el miedo. En el trabajo de la memoria, el círculo del *nosotros* en el sentido de convocar a dialogar con la experiencia – imaginarla e investigarla, sentir su presencia y

llevarla a la reflexión cívica, para así construir proyecto cívico-social desde ella– tiene que incluir a los jóvenes. Las generaciones que vivieron los tiempos terribles pueden servir como gran recurso histórico para los que nacieron después, pero serán eficaces en la medida que sepan escuchar. Dicho de otra manera, si una generación transformara la memoria de la violencia traumática en su propiedad monopólica, caminaría hacia un punto muy desagradable: desde la memoria, como proyecto cívico-político fundamental para construir democracia, hacia la memoria como nostalgia y rito performativo estancado y sin capacidad de convocatoria.<sup>12</sup>

Hay evidencias comparativas que subrayan la importancia de lo generacional en los temas de la memoria. El análisis es complejo porque no se trata de un concepto de generación reducido al aspecto sociodemográfico objetivista, de los cohortes demográficos pasando por los distintos ciclos de la vida. Se trata de un fenómeno sociopolítico, en el sentido de la tradición Mannheimiana, de cómo a veces las personas llegan a vivir una experiencia generacional formativa que produce un efecto cul-

tural identitario. El lenguaje, los símbolos, las luchas y las memorias llegan a marcar a una generación como personas con experiencias y perspectivas propias. Para Brasil y el Cono Sur ya hay estudios que muestran el proceso de la resignificación de la memoria desde los jóvenes, mostrando algo más: pensar las memorias de las dictaduras desde los jóvenes nacidos en democracia se produce una expansión de los derechos en juego. La experiencia europea también ofrece análisis sugerentes; por ejemplo, el estudio de Harold Marcuse sobre *Legacies of Dachau...* desarrolla una teoría generacional para entender cómo la sociedad alemana enfrentaba a la memoria nazi y al simbolismo de ese famoso campo de concentración.<sup>13</sup>

No soy pesimista sobre el futuro de la memoria en Chile ni sobre la participación de los jóvenes en la forja de las memorias en construcción. Mis propias investigaciones históricas sobre la caja de la memoria del Chile de Pinochet me han convencido sobre lo creativos y persistentes que han sido los actores chilenos de varias generaciones desde los 1970. Han sido pioneros en forjar estrategias de sensibilización y ac-

ción, tanto a nivel internacional como nacional, en torno a la memoria y los derechos humanos.

Es más, hay evidencias de una innovación artística capaz de convocar a las nuevas generaciones y memorias de dictadura relevantes para los temas que convocan a los jóvenes en formación hoy en día. Es interesante observar que en los países vecinos donde, también se han dado experiencias de violencia masiva, algunos estudios novedosos muestran lo impactante que son las imágenes y el arte, de lo audiovisual en particular, en el proceso social de asumir y trabajar la memoria.<sup>14</sup> Hay hitos interesantes en Chile a nivel del arte audiovisual, narraciones que logran usar la imagen y el sonido, además de la trama y los personajes, para invitar a los jóvenes para que asuman el tema. Los éxitos de la película *Machuca* (2004) y de la serie televisiva *Los archivos del Cardenal* (2011) son pasos positivos. No son proyectos de nostalgia. Son invitaciones a imaginar, entrar y reflexionar.

Lo que da esperanza, también es la misma historia de Chile bajo dictadura. Porque allí, los temas en juego eran varios. Uno fue la vida en

su sentido elemental, el tener que responder a tantas emergencias provocadas por la violencia brutal y drástica que perseguía destruir la integridad de las personas física y psicológicamente a través de la tortura, la ejecución, la desaparición y sus huellas de espanto en el entorno. Esa violencia brutal y drástica fue central para llevar a cabo un proyecto fundamental del régimen: el *policidio*, el destruir física y culturalmente la forma en que la sociedad entendía el actuar político. Con el tiempo, la violencia provocó respuestas y resistencias admirables, y una sensibilización frente a los derechos humanos en defensa de la vida misma.

Pero en los años setenta, cuando poco a poco se iban organizando redes de respuesta a las emergencias en defensa de la vida, también existía una visión más amplia de los derechos del ser humano. El derecho a la dignidad socioeconómica, al desarrollo pleno de la potencialidad de la persona convocaba a los mismos actores que defendían el derecho a la vida. La izquierda —o mejor dicho las izquierdas— no era dueña monopólica de esta postura, que también era compartida por otros, especialmente en el centro del

espectro político. En una sociedad tan política y socialmente movilizadora como el Chile de los sesenta y principios de los años setenta, una de las metas fundamentales del régimen militar era dismantelar lo que se entendía por dignidad y derechos socioeconómicos, así como las formas de alcanzar esa dignidad. Este segundo proyecto, relacionado con el *policidio* impuesto por la violencia drástica, planteaba reordenar y reeducar a la sociedad en su conjunto, incluyendo la dimensión socioeconómica. La restructuración del sistema educacional y universitario era una meta importante para cumplir con este propósito.

El doble proyecto produjo dobles respuestas. Allí hay un tema de memoria y silencio relativo, muy en diálogo con las inquietudes de las nuevas generaciones chilenas preocupadas por la calidad de la oportunidad socioeconómica y educacional que ofrece la sociedad de hoy. No se trata de la memoria como nostalgia. Las maneras específicas de entender la dignidad socioeconómica en los años setenta, el contenido material concreto de la vida digna, el nivel de recursos de la sociedad en su conjunto, los caminos para llegar a la oportunidad o superar

la marginación, los aspectos relacionales y comunicacionales no pueden ser los mismos en la década del 2010. Se trata de la memoria como un proyecto reflexivo que permita ver con mayor claridad el legado mixto de los cambios y continuidades con los tiempos de dictadura, para así historizar y aclarar de dónde vienen y qué significan los valores, conflictos, tareas pendientes y dilemas cívicos que se encuentran en juego hoy en día. La memoria es diálogo entre pasado y presente, sin reducir el uno al otro.

En ese proyecto de memoria transgeneracional, los “otros archivos” del Cardenal Raúl Silva Henríquez pueden inspirar una reflexión interesante. La Vicaría de la Solidaridad nació en una época en que la gente allí reunida iba aprendiendo, en el camino, un lenguaje y una cultura de derechos humanos y defensa de la vida en condiciones de dictadura. Era aprender en el camino, en parte porque la violencia brutal drástica, los espantos y secuelas que produjo, iba más allá de lo que muchos pudieron imaginar antes de septiembre de 1973. Pero a la vez que iban viviendo toda una experiencia insólita, que les permitía descubrir y aprender el valor de los de-

rechos humanos, también entendieron la solidaridad socioeconómica como una tarea urgente y moral ligada a la potencialidad humana que había que fomentar. Recuperar la memoria de esta dimensión valórica, tan presente en el drama de la Vicaría, puede ser muy significativo hoy día.

Dejo las últimas palabras al mismo Cardenal Raúl Silva Henríquez. El 21 de diciembre de 1976 celebró el primer año de labor solidaria de la Vicaría con trabajadores e invitados internacionales. Era un momento difícil. Hacía un año, Pinochet había forzado el cierre del Comité Pro-Paz, labor que Silva Henríquez reorganizó bajo la Vicaría, es decir, una instancia al interior de la iglesia. Fue un año de muchas emergencias, de violencia brutal, inmediata, peligrosa. La Dina seguía poderosa, prepotente, muy activa, y todavía utilizaba el método de las desapariciones. Frente a esa situación, tan dura y a veces desoladora, el Cardenal Raúl Silva Henríquez señaló que el trabajo de atender a los perseguidos, aunque difícil y a veces incomprendido, sí importaba: “Parece increíble pero es hermoso. En un mundo en que la violencia, el odio, parece reinar, hay recursos de

amor, de caridad, de comprensión del hombre”. Frente a las dificultades, preguntó: “¿qué vamos a hacer?” Su respuesta: “vamos a continuar”.

Es una historia de mucha inspiración que calza muy bien con la memoria imprescindible de la defensa de la vida humana que se presenta en la serie de televisión *Los archivos del Cardenal*. Vale notar, sin embargo, que Silva Henríquez no paró allí su intervención. Había otro tema. Hay otros archivos del Cardenal. La realidad es que la Vicaría de la Solidaridad iba trabajando y descubriendo en el camino, la multidimensionalidad de la solidaridad con el ser humano y sus derechos. También su trabajo era establecer clínicas y ollas comunes, fomentar cooperativas de trabajo, apoyar el arte testimonial de las arpilleras, impulsar y difundir en su revista *Solidaridad* el testimonio y el encuentro con la realidad social del país. En la última parte de su discurso, el Cardenal afirmó su una esperanza en que la persecución violenta disminuyera, o hasta terminara. “¡Ojalá! que muchos de nuestros servicios ya no sean necesarios”. Pero agregó que aunque así fuera, se debía seguir. “Nos quedan otros, nos quedan otros, sobre todo en el campo

de la promoción humana, del desarrollo, de la ayuda a los que no tienen trabajo, y ayuda a los que no tienen también lo necesario para vivir”.<sup>15</sup>

Quizás en el Chile de hoy, la memoria de esa visión expansiva del desarrollo humano y la obligación de fomentarlo va saliendo del silencio. En el Chile de hoy ¿será la educación de calidad un derecho que se incluye en “lo necesario para vivir”? Las memorias en construcción nutren los derechos en construcción. Quizás ese diálogo hoy es fundamental para otro proyecto: la democracia en construcción.

**Steve J. Stern** es profesor de historia en la Universidad de Wisconsin-Madison. Graduado con distinción *summa cum laude* en la Universidad de Cornell (1973), M.A (1975), M. Phil. (1976) y Ph.D. (1979) en la Universidad de Yale. Es un reconocido e influyente investigador de la historia latinoamericana, especialmente andina, mexicana y recientemente chilena. En 1990 fue galardonado con la beca de la Fundación John Simon Guggenheim Memorial. Ha publicado más de once libros y una treintena de ensayos, recibiendo numerosas distinciones académicas. Entre sus obras más destacadas se encuentran la trilogía *La caja de la memoria* (2004-2010) y *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad 1980-1995* (1999). En 2007 recibió el premio Bolton-Johnson al mejor libro publicado en inglés sobre historia latinoamericana. En 2012 fue elegido miembro de la American Academy of Arts and Sciences de los Estados Unidos.

## Notas

1. Cabe recordar que en 1989 un libro de Eugenio Ahumada, et al., sobre la historia de la Vicaría de la Solidaridad, publicado con gran éxito de ventas al inicio de la transición democrática, justamente usaba el término *memoria prohibida*.

2. Las reflexiones aquí planteadas se basan en el análisis y datos empíricos de fuentes primarias y secundarias, incluyendo los que se encuentran en las publicaciones de autores chilenos que se presentan en mi reciente trilogía (2004, 2006, 2010) sobre las luchas en torno a la memoria en dictadura y democracia. En este ensayo sólo cito fuentes y datos que no estén ya mencionados en dicha trilogía, especialmente en el tomo III.

3. Sobre la experiencia peruana de guerra, menos difundida en Chile, incluyendo su dimensión de lucha en torno a la memoria, así como bibliografía adicional, ver Degregori 2010, 2003; Stern 1999; González 2011.

4. Una versión temprana de este planteamiento se encuentra en el libro *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX* (Garcés et al., 2000). La versión más pulida y elaborada, con su fundación empírica y teórica, fue plasmada en mi trilogía, especialmente el tomo I (2004).



5. Un trabajo pionero sobre el cambio judicial, desde las motivaciones y consideraciones institucionales de los mismos jueces, se encuentra en el artículo de Alexandra Hunneus, indicado en la bibliografía.

6. El Colectivo de Memoria Histórica de La Corporación José Domingo Cañas (2005) consideró 359 allanamientos en 113 poblaciones. Al cotejar los datos sobre allanamientos muy brutales en dieciséis poblaciones con los datos del Censo de 1982, considerando varones que tenían por lo menos quince años de edad, se estimaron en 98.000 las víctimas directas solamente en las poblaciones analizadas. Más antecedentes sobre la violencia de los allanamientos, tratos crueles, degradantes, prohibidos por el derecho internacional, en el tomo III de mi trilogía (páginas 328-29).

7. Sobre la ola de memorialización, ver Flacso 2007; Ministerio del Interior 2010; también los antecedentes en Stern 2010, páginas 314-23, 482-84. Agradezco a Peter Winn por compartir los avances de su investigación, así como a Carolina Aguilera y Pedro Matta quienes, junto al análisis nacional, por varios años también compartieron los proyectos de la Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi.

8. Otro aspecto transgeneracional fue la formación de la Orquesta Sinfónica Juvenil Memoria Viva creada para acompañar y celebrar a los comuneros y familiares caídos.

9. Debo reconocer que colaboré con el comité organizador y con el simposio mismo de 1998.

10. Por supuesto, los becarios chilenos y otros también han publicado trabajos de importancia fuera de la serie. En este caso, como en la iniciativa chilena antes mencionada, colaboré con el comité organizador en 1998 y en los años siguientes también lo hice como miembro del equipo de profesores. Los principales directores fueron Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori, con colaboración importante de Eric Hershberg y el Social Science Research Council de Nueva York. Los trece libros mencionados se encuentran en la bibliografía: del Pino y Jelin 2003; Cruz 2004; Da Silva Catela y Jelin 2002; Degregori 2003; Feld 2002; Hershberg y Agüero 2005; Jelin 2002; Jelin, ed. 2002; Jelin y Langland 2003; Jelin y Lorenz 2004; Jelin y Longini 2005; Jelin y Sempol 2006; Jelin y Kaufman 2006.

11. Agradezco a Mario Garcés y Peter Winn por compartir conmigo información de los proyectos de Eco Educación y Comunicaciones y Dibam, así como de las iniciativas organizadas por Isabel Piper, respectivamente. Los libros de todos los autores mencionados en los últimos dos párrafos se encuentran en la bibliografía.

12. Sobre este punto estoy en diálogo intelectual y agradezco la reflexión astuta de Jelin 2002, páginas 117-33, esp. 126.

13. Para el ensayo pionero y una reconsideración actualizada, ver Mannheim 1952 (orig. 1928); Edmonds y Turner 2002; para Brasil y Cono Sur, Jelin y Sempol 2006; y sobre Dachau, Marcuse 2001.

14. Ver, además de las publicaciones ya mencionadas en la 10ª nota, Feld y Mor 2009, y para el Perú, donde va saliendo nuevos trabajos muy iluminadores, González 2011; Ulfe 2011; Milton, por aparecer.

15. El discurso del Cardenal Raúl Silva Henríquez se encuentra en la revista *Solidaridad* N° 12, enero de 1977, página 20. Hay copias en la colección de la Fundación de Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad, Arzobispado de Santiago.

## Bibliografía

AHUMADA, EUGENIO et al. (1989), *Chile, la memoria prohibida: las violaciones de los derechos humanos 1973-1983*, Santiago, Editorial Pehuén.

CARPENTIER, ALEJO (1985, orig. 1953), *Los pasos perdidos*, Madrid, Editorial Cátedra.

COLECTIVO DE MEMORIA HISTÓRICA CORPORACIÓN JOSÉ DOMINGO CAÑAS (2005), *Tortura en poblaciones del Gran Santiago (1973-1990)*, Santiago, Corporación José Domingo Cañas.

CRUZ, MARÍA ANGÉLICA (2004), *Iglesia, represión y memoria: el caso chileno*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

DA SILVA CATELA, LUDMILA Y ELIZABETH JELIN, eds. (2002), *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

DEGREGORI, CARLOS IVÁN, ed. (2003), *Jamás tan cerca, arremetió lo lejos: memoria y violencia política en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

DEGREGORI, CARLOS IVÁN (2010), *Qué difícil es ser Dios: el Partido Comunista del Perú, Sendero luminoso y el conflicto armado interno en el Perú 1980-1999*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

DEL PINO, PONCIANO Y ELIZABETH JELIN, eds. (2003), *Luchas locales, comunidades e identidades*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

EDMONDS, JUNE Y BRYAN S. TURNER (2002), *Generations, Culture, and Society*, Philadelphia, Open University Press.

FELD, CLAUDIA (2002), *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

FELD, CLAUDIA Y JESSICA STITES MOR, eds. (2009), *El pasado que miramos: memoria e imagen ante la historia reciente*, Buenos Aires, Editorial PAÍDOS.

FLACSO, MINISTERIO DE BIENES NACIONALES (2007), *Memoriales en Chile: homenaje a las víctimas de violaciones a los derechos humanos*. Fotografías de Alejandro Hoppe, Santiago, Ocho Libros Editores.

GARCÉS, MARIO et al., ed. (2000), *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, Editorial LOM.

GARCÉS, MARIO Y SEBASTIÁN LEIVA (2005), *El golpe en La Legua: los caminos de la historia y la memoria*, Santiago, Editorial LOM.

GONZÁLEZ, OLGA M. (2011), *Unveiling Secrets of War in the Peruvian Andes*, Chicago, University of Chicago Press.

HERSHBERG, ERIC Y FELIPE AGÜERO, eds. (2005), *Memorias militares sobre la represión en el Cono Sur: visiones en disputa en dictadura y democracia*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

HUNEEUS, CARLOS (2000), *El régimen de Pinochet*, Santiago, Editorial Sudamericana.

HUNEEUS, ALEXANDRA (2010), “Judging from a Guilty Conscience: The Chilean Judiciary’s Human Rights Turn”, revista *Law & Social Inquiry*, 35:1, 99-135.

ILLANES, ANGÉLICA (2002), *La batalla de la memoria: ensayos históricos de nuestro siglo, Chile, 1900-2000*, Santiago, Editorial Planeta.

JELIN, ELIZABETH (2002), *Los trabajos de la memoria*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

JELIN, ELIZABETH, ed. (2002), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

JELIN, ELIZABETH Y VICTORIA LANGLAND, eds. (2003), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

JELIN, ELIZABETH Y FEDERICO GUILLERMO LORENZ, eds. (2004), *Educación y memoria: la escuela elabora el pasado*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

JELIN, ELIZABETH Y ANA LONGINI, eds. (2005), *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

JELIN, ELIZABETH Y DIEGO SEMPOL, eds. (2006), *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*, Madrid-Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

JELIN, ELIZABETH y SUSANA G. KAUFMAN, eds. (2006), *Subjetividad y figuras de la memoria*.

JOCELYN-HOLT, ALFREDO (1997), *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*, Buenos Aires-Santiago, Editoriales Ariel /Planeta.

JOCELYN-HOLT, ALFREDO (1998), *El Chile perplejo: del avanzar sin transar al transar sin parar*, Buenos Aires-Santiago, Editoriales Ariel /Planeta.

JOIGNANT, ALFREDO (2007), *Un día distinto: memorias festivas y conmemoraciones en torno al 11 de septiembre en Chile 1974-2006*, Santiago, Editorial Universitaria.

LOVEMAN, BRIAN Y ELIZABETH LIRA (1999), *Las suaves cenizas del olvido: vía chilena de reconciliación política 1814-1932*, Santiago, Editorial LOM.

LOVEMAN, BRIAN Y ELIZABETH LIRA (2000), *Las ardientes cenizas del olvido: vía chilena de reconciliación política, 1932-1994*, Santiago, Editorial LOM.

LOVEMAN, BRIAN Y ELIZABETH LIRA (2002), *El espejismo de la reconciliación política: Chile 1990-2002*, Santiago, Editorial LOM.

MALLON, FLORENCIA E. (2004), *La sangre del copihue: la comunidad mapuche de Nicolás Ailio y el Estado chileno 1906-2001*, Santiago, Editorial LOM.

MANNHEIM, KARL (1952, orig. 1928), "The Problem of Generations". En Kecskemeti, Paul, ed., *Essays on the Sociology of Knowledge*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

MARCUSE, HAROLD (2001), *Legacies of Dachau: The Uses and Abuses of a Concentration Camp 1933-2001*, New York, Cambridge University Press.

MILTON, CYNTHIA, ed. (por aparecer), *The Arts of Truth Telling in Post-Shining Path Peru*, Durham, Duke University Press.

MINISTERIO DEL INTERIOR, GOBIERNO DE CHILE (2010), *Geografía de la memoria*, Santiago, Programa de Derechos Humanos.

MOULIAN, TOMÁS (1997), *Chile actual: anatomía de un mito*, Santiago, Editorial LOM.

PINTO VALLEJOS, JULIO, ed. (2005), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Editorial LOM.

RIQUELME, ALFREDO (2009), *Rojo atardecer: el comunismo chileno entre dictadura y democracia*, Santiago, Dibam y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

ROLLE, CLAUDIO, ed. (2003), *1973: la vida cotidiana de un año crucial*, Santiago, Editorial Planeta.

STERN, STEVE J., ed. (1999), *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad 1980-1995*, Lima y Ayacucho, Instituto de Estudios Peruanos y Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

STERN, STEVE J. (2000), “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)”, en Garcés, Mario et al. (editores), *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, Editorial LOM.

STERN, STEVE J. (2004), *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London 1998*, Durham N.C., Duke University Press, tomo I de la *trilogía La caja de la memoria del Chile de Pinochet*; también publicado en español en 2009 *Recordando el Chile de Pinochet: en visperas de Londres 1998*, Ediciones Universidad Diego Portales.

STERN, STEVE J. (2006), *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile 1973-1988*, Durham, N.C., Duke University Press, tomo II.

STERN, STEVE J. (2010), *Reckoning with Pinochet: The Memory Question in Democratic Chile 1989-2006*, Durham N.C., Duke University Press, tomo III.

ULFE, MARÍA EUGENIA (2011), *Cajones de la memoria: la historia reciente del Perú a través de los retablos andinos*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, VERÓNICA (2003), *El golpe después del golpe: Leigh vs. Pinochet, Chile 1960-1980*, Santiago, Editorial LOM.

## Créditos

Colección *Signos de la memoria*  
MUSEO DE LA MEMORIA Y  
LOS DERECHOS HUMANOS

Director de la colección  
Ricardo Brodsky

Editora  
Alessandra Burotto

Directora de arte  
Paz Moreno Israel

© del texto  
Steve J. Stern

© de esta edición  
Museo de la Memoria y los  
Derechos Humanos

© Fotografía archivo Museo de la  
Memoria y los Derechos Humanos

Impresión y encuadernación

ISBN:

Inscripción Registro Propiedad  
Intelectual N°  
Santiago, marzo 2013

## Agradecimientos

Carlos Peña, Rector de la Universidad Diego Portales;  
XXXXXXXXXXXXX, Parque por la Paz Villa Grimaldi;  
XXXXXXXXXXXXX, Universidad Alberto Hurtado; y a XXXXXXXX,  
Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos.

Museo de la Memoria y los Derechos Humanos  
Matucana 501, Santiago, Chile  
(562) 2 597 96 00  
info@museodelamemoria.cl  
www.museodelamemoria.cl

El Museo de la Memoria y los Derechos Humanos cuenta con el  
financiamiento del Gobierno de Chile a través de la Dirección de  
Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam)

